

HONG KONG HACKER

Chan Ho-Kei

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÖTUS

PRÓLOGO

CUANDO NGA-YEE SALIÓ DE SU apartamento a las ocho de la mañana, no tenía idea de que ese día iba a cambiarle la vida.

Después de la pesadilla del año anterior, sentía que les esperaban tiempos mejores solamente con que apretasen los dientes y se mantuviesen firmes. Estaba convencida de que el destino era justo y de que, cuando sucedía algo malo, después, naturalmente, seguía algo bueno. Por desgracia, a los poderes de turno les encanta gastar bromas crueles.

Pasadas las seis de la tarde, Nga-Yee, extenuada, decidió irse a casa. Mientras regresaba a pie desde la parada del autobús, calculó mentalmente si tendría suficiente comida en el frigorífico como para cocinar para dos. En apenas siete u ocho años los precios habían aumentado de forma alarmante, mientras que los sueldos se habían mantenido igual. Recordaba cuando medio kilo de carne de cerdo costaba veintitantos dólares, pero ahora con eso apenas alcanzaba para doscientos cincuenta gramos.

Seguramente en el frigorífico habría un poco de cerdo y algunas espinacas, suficiente para preparar un salteado con jengibre. Un acompañamiento de huevos al vapor completaría una cena simple y nutritiva. A su hermana Siu-Man, que

era ocho años menor, le encantaban los huevos al vapor, y Nga-Yee a menudo preparaba ese plato suave y sedoso cuando la despensa estaba casi vacía: una buena comida con cebolleta y un toque de salsa de soja. Lo más importante de todo era que costaba poco. En el pasado, en la época en que estaban todavía más ajustadas económicamente que ahora, los huevos las habían sacado de apuros muchas veces.

Tenían suficiente para esa noche, pero se preguntó si debería probar suerte en el mercado, de todos modos. No le gustaba dejar el frigorífico completamente vacío; desde pequeña sabía que había que tener siempre un plan de apoyo. Además, varios vendedores bajaban los precios justo antes de cerrar, y tal vez encontraría buenas ofertas para el día siguiente.

Iiiii-uuuu-iiii-uuuu.

Un coche de la policía pasó a toda velocidad, y la sirena interrumpió los pensamientos de Nga-Yee. Solo entonces se percató de la multitud congregada delante de su edificio, la Casa Wun Wah.

¿Qué podía haber sucedido? Nga-Yee siguió caminando a la misma velocidad. No era la clase de persona que disfrutase de sumarse a la excitación general, razón por la cual muchos de sus compañeros de clase la habían etiquetado como solitaria, introvertida, empollona, bicho raro. No la había molestado. Cada uno tiene derecho a elegir cómo vivir la vida. Tratar de encajar dentro de las ideas de los demás es pura tontería.

—¡Nga-Yee! ¡Nga-Yee! —Una mujer regordeta, de unos cincuenta años y cabello rizado la llamaba agitando desesperadamente las manos entre la docena de espectadores. Era Tía Chan, la vecina del piso veintidós. Se conocían lo suficiente como para saludarse, pero nada más.

Tía Chan cubrió a toda prisa la corta distancia que la separaba de Nga-Yee, la agarró del brazo y tiró de ella hacia el edificio. Nga-Yee no comprendía una palabra de lo que estaba diciendo, salvo su nombre; el terror hacía que su voz sonara

como un idioma extranjero. Comenzó a entender, por fin, cuando reconoció la palabra “hermana”.

A la luz del atardecer, Nga-Yee avanzó por entre la gente y por fin pudo ver la horripilante escena.

La multitud se arremolinaba alrededor de un cuadrado de pavimento, a unos diez metros de la entrada principal, donde yacía una adolescente con uniforme escolar blanco y el cabello desgreñado sobre el rostro. Un líquido rojo oscuro formaba un charco alrededor de su cabeza.

Lo primero que pensó Nga-Yee fue: ¿No es alguien del instituto de Siu-Man?

Dos segundos después, comprendió que la figura que yacía inmóvil en el suelo era Siu-Man.

Su hermanita, tendida sobre el frío hormigón.

La única familia que tenía en el mundo.

En un instante, el mundo a su alrededor se volvió patas arriba.

¿Sería una pesadilla? Tal vez estaba soñando. Miró los rostros que la rodeaban. Reconoció a los vecinos, pero los sintió como desconocidos.

—¡Nga-Yee! ¡Nga-Yee! —Tía Chan la aferró del brazo y la sacudió con fuerza.

—¿Siu... Siu-Man? —Ni siquiera pronunciando el nombre en voz alta podía relacionar el objeto tirado en el suelo con su hermana menor.

Siu-Man tenía que estar ahora en casa, esperándola para que preparara la cena.

—Atrás, por favor. —Una agente de policía con uniforme cuidadosamente planchado se abrió camino entre los curiosos, mientras que dos paramédicos se arrodillaban junto a Siu-Man con una camilla.

El paramédico de más edad colocó una mano debajo de su nariz, le presionó con dos dedos la muñeca izquierda y, luego, le abrió un párpado e iluminó la pupila con una linterna.

Todo eso llevó unos pocos segundos, pero para Nga-Yee fue como una sucesión de escenas congeladas.

Ya no sentía el paso del tiempo.

Su subconsciente estaba tratando de salvarla de lo que sucedería después.

El paramédico se incorporó y negó con la cabeza.

—Por favor, hacia atrás, despejen el camino —ordenó la agente de policía. Los paramédicos se alejaron de Siu-Man con expresión sombría.

—¿Siu... Siu-Man? ¡Siu-Man! ¡Siu-Man! —Nga-Yee apartó a un lado a Tía Chan y corrió hacia su hermana.

—¡Señorita! —Un policía alto se movió rápidamente para sujetarla por la cintura.

—¡Siu-Man! —Nga-Yee luchó en vano para soltarse, luego se volvió para suplicar—: ¡Es mi hermana! ¡Tienen que salvarla!

—Señorita, por favor, cálmese —dijo el policía, como sabiendo que sus palabras no surtirían efecto.

—¡Por favor, sálvenla! ¡Médicos...! —Nga-Yee, pálida, se volvió para implorar a los paramédicos que se alejaban—. ¿Por qué no la tienden en la camilla? ¡Rápido, tienen que salvarla!

—Señorita, ¿usted es la hermana? Cálmese, por favor —le indicó el policía con el brazo alrededor de su cintura, tratando de hablar con la mayor compasión posible.

—Siu-Man... —Se volvió para contemplar la figura desmadejada que yacía en el suelo, pero ahora otros dos policías la estaban cubriendo con una lona verde oscura—. ¿Qué están haciendo? ¡Deténganse! ¡Deténganse ahora mismo!

—¡Señorita! ¡Señorita!

—No la cubran, ¡tiene que respirar! ¡El corazón le sigue latiendo! —Nga-Yee se inclinó hacia delante, sin energía. El policía ya no la sujetaba, sino que la sostenía—. ¡Sálvenla, tienen que salvarla, se lo suplico! Es mi hermana...

Y así, en esa noche de un martes cualquiera, delante de la Casa Wun Wah, en la urbanización Lok Wah, del distrito

de Kwun Tong, los vecinos, que por lo general eran locuaces, guardaron silencio. El único ruido que se oía entre los edificios fríos era el llanto desesperado de una hermana mayor; los sollozos golpeaban como el viento en los oídos de todas esas personas, llenándolos de un dolor indeleble.

CAPÍTULO 1

1.

—SU HERMANA SE HA SUICIDADO.

Cuando Nga-Yee oyó al policía pronunciar esas palabras en el depósito de cadáveres, no pudo contenerse y replicó con voz pastosa:

—¡Es imposible! Tiene que haber un error. Siu-Man nunca haría algo así. —El sargento Ching, un hombre delgado y de unos cincuenta años, con canas en las sienes, tenía un leve aire de gangster pero algo en sus ojos decía que se podía confiar en él. Sereno ante la incipiente histeria de aquella joven, habló con una voz profunda y una calma que la hizo callar.

—Señorita Au, ¿está usted segura de que su hermana no se ha suicidado?

Nga-Yee sabía muy bien, aunque no quería reconocerlo, que Siu-Man tenía muchos motivos para buscar la muerte. La presión que había soportado durante los últimos seis meses era mucho mayor de lo que merecía cualquier chica de quince años.

Pero deberíamos comenzar con los muchos años de desgracias de la familia Au.

Los padres de Nga-Yee nacieron en la década del sesenta;

eran inmigrantes de segunda generación. Cuando en 1946 estalló la guerra entre los nacionalistas y los comunistas, una gran cantidad de refugiados comenzaron a emigrar de la China continental a Hong Kong. Los comunistas emergieron victoriosos e instauraron un nuevo régimen que reprimió cualquier oposición, por lo que cada vez más gente comenzó a refugiarse en esa colonia británica. Los abuelos de Nga-Yee eran refugiados de Guangzhou. Hong Kong necesitaba mucha mano de obra barata y raramente rechazaba a aquellos que entraban de manera ilegal en el territorio, por lo que sus abuelos pudieron asentarse, conseguir sus documentos con el tiempo y convertirse en ciudadanos de Hong Kong. Aun así, sus vidas fueron difíciles: hacían trabajo manual durante largas horas y por muy poco dinero. Las condiciones de vida eran durísimas, también. No obstante, Hong Kong atravesaba un período de auge económico y, si uno estaba dispuesto a sufrir un poco, las circunstancias mejoraban. Algunos hasta cabalgaron la ola y alcanzaron el éxito.

Por desgracia, los abuelos de Nga-Yee nunca tuvieron esa oportunidad. En febrero de 1976, se declaró un incendio en el barrio de Shau Kei Wan, en la bahía Aldrich, que destruyó más de mil casas de madera y dejó a unas tres mil personas sin hogar. Los abuelos de Nga-Yee murieron en ese infierno; sobrevivió su hijo de doce años, Au-Fai, el padre de Nga-Yee. Debido a que no tenía ningún otro familiar en Hong Kong, Au Fai fue adoptado por un vecino que había perdido a su esposa en el incendio. El vecino tenía una hija de siete años llamada Chau Yee-Chin, quien sería la madre de Nga-Yee.

Por ser tan pobres, Au Fai y Chau Yee-Chin no tuvieron una educación formal. Ambos comenzaron a trabajar antes de alcanzar la mayoría de edad, Au Fai como obrero en un depósito y Yee-Chin como camarera en un restaurante de *dim sum*, una típica comida cantonesa. Aunque trabajaban duramente para ganarse la vida, nunca se quejaban, y hasta pudieron

momento indicado: después de la crisis financiera asiática, la empresa para la que trabajaba Au Fai había hecho una gran reestructuración, y él fue uno de los primeros obreros a los que despidieron. Su jefe lo ayudó a conseguir otro trabajo, pero el sueldo era mucho menor y le costaba pagar la educación primaria de Nga-Yee. La carta de la Autoridad de la Vivienda fue como maná caído del cielo. El nuevo alquiler sería menos de la mitad de lo que pagaban actualmente, y, si vivían con frugalidad, hasta podrían comenzar a ahorrar.

Dos años después de mudarse a la Casa Wun Wah, Chau Yee-Chin volvió a quedar encinta. Au Fai estaba encantado de ser padre otra vez, y Nga-Yee ya tenía edad para comprender que ser la hermana mayor significaría tener que trabajar duro para ayudar a sus padres. Como su suegro le había dejado solamente un nombre para cada sexo, Au Fai recurrió a su vecino —un antiguo maestro de escuela— en busca de ayuda para elegir el hombre de una segunda hija.

—¿Qué le parece llamarla Siu-Man? —sugirió el anciano, sentado con Au Fai fuera del edificio, en un banco—. “Siu”, que significa ‘pequeña’ y “Man”, que significa ‘nubes coloreadas por el atardecer’.

Au Fai miró hacia donde apuntaba el anciano y vio cómo el sol poniente teñía las nubes con una paleta de vivos colores.

—Au Siu-Man... Es un nombre que suena bien. Gracias por su ayuda, señor Huang. En mi ignorancia, nunca se me habría ocurrido algo tan bello.

Ahora que eran cuatro, el apartamento de la urbanización Wun Wah comenzó a resultarles apretado. Eran viviendas diseñadas para dos o tres personas y no tenían tabiques. Au Fai presentó una solicitud para mudarse a algo más amplio. Les ofrecieron sitios en Tai Po o Yuen Long, pero, después de hablarlo, Yee-Chin sonrió y dijo:

—Nos hemos acostumbrado a vivir aquí. Esos sitios están muy lejos. Para ti, ir todos los días al trabajo sería una

pesadilla, y Nga-Yee tendría que cambiar de instituto. Puede que aquí estemos algo apretados, pero ¿recuerdas cuánto más pequeña era nuestra choza de madera?

Así era Chau Yee-Chin, siempre satisfecha con su suerte. Au Fai se rascó la cabeza y no se le ocurrió ningún argumento mejor, aunque siguió esperando poder darle una habitación a cada hija antes de que comenzaran la secundaria.

No imaginó que no viviría para ver ese día.

Au Fai murió en un accidente ocurrido en su lugar de trabajo en el año 2004. Tenía cuarenta años.

Después de la crisis financiera de 1997 y la epidemia de síndrome respiratorio agudo grave (SARS) de 2003, la economía de Hong Kong agonizaba. En un esfuerzo para reducir costes, muchos empresarios comenzaron a subcontratar operaciones o a contratar empleados por períodos breves para evitar así las cargas sociales. Una empresa grande contrataba a una más pequeña para realizar ciertas operaciones, y esta última subcontrataba los trabajos a unidades más pequeñas. Una vez que todas ellas se llevaban su parte, los sueldos de los empleados eran mucho menores que antes, pero, en ese clima precario, no les quedaba otra opción que callar y aceptar lo que se les ofrecía. Au Fai tenía que acudir a esos contratistas y pelear con otros obreros por los pocos puestos disponibles. Por fortuna, llevaba en el almacén el tiempo suficiente como para haber obtenido una licencia para manejar las carretillas elevadoras, lo que le proporcionaba una ventaja en trabajos de reparto o cuando operaban en el puerto. Allí, lo que elevaba no eran productos, sino cables. Los cables de amarre de los cargueros eran demasiado gruesos y pesados para amarrarlos a mano y había que moverlos con la elevadora. Para maximizar sus ingresos, Au Fai tenía dos empleos, el del almacén de Kowloon y el de descargar barcos en las terminales de contenedores de Kwai Tsing. Quería ganar la mayor cantidad posible de dinero mientras todavía tuviera energías. Sabía que

la fuerza no le duraría para siempre y que llegaría el día en que no podría exigirle tanto a su cuerpo ni aunque quisiera.

Una tarde lluviosa de julio de 2004, el encargado del Muelle Cuatro de Kwai Tsing notó que faltaba una de las máquinas elevadoras. Au Fai había estado conduciendo hacia la Zona Q13, y allí sus colegas descubrieron un poste muy golpeado en un costado. Junto a él había restos de plástico amarillo que reconocieron de inmediato como parte de la máquina elevadora, que por accidente Au Fai había hecho caer al agua. Terminó atrapado entre el vehículo y las pinzas, que quedaron a medio enterrar en el lecho marino, a siete metros de profundidad. Cuando pudieron sacar la elevadora con una grúa, Au Fai estaba muerto desde hacía horas.

Nga-Yee tenía doce años cuando perdió a su padre, y Siu-Man, cuatro.

Yee-Chin, aunque estaba destrozada por la muerte de su amado esposo, no se permitió hundirse en el dolor, ya que sus hijas ahora dependían por completo de ella.

Según la legislación laboral, la familia de cualquier empleado que moría en el trabajo debía recibir como indemnización el salario de sesenta meses, cosa que les habría permitido vivir durante varios años. Lamentablemente, la mala suerte golpeó otra vez a la familia Au.

—Señora Au, no es que no quiera ayudarla, pero esto es todo lo que la empresa puede ofrecerle.

—Pero, Ngau, Fai trabajó mucho para Yu Hoi, durante muchos años. Salía de casa antes de que amaneciera y volvía cuando las niñas estaban durmiendo. Casi nunca veía a sus propias hijas. Ahora soy una pobre viuda con dos hijas que no tienen padre. No tenemos a nadie que nos ayude. ¿Y usted me dice que solamente nos puede dar esta suma insignificante?

—La empresa está bastante mal, para serle sincero. Es posible que tengamos que cerrar el año que viene y, si eso sucede, ni siquiera podríamos darle esta pequeña suma.